

IN MEMORIAM

JOSE MARIA RAMON DE SAN PEDRO

Recuerdo perfectamente la primera vez que ví a José María Ramón de San Pedro y la impresión que me dejó aquel encuentro. Era un viernes de junio de 1980 y nos reuníamos en la sala de juntas del despacho notarial de Juan Vallet un grupo reducido y vario de personas para constituir una «asociación de fomento del libro» capaz de concurrir con otras de signo izquierdista que venían copando la política de subvenciones del Ministerio de Cultura ucedista. Allí estábamos, además del anfitrión, Gonzalo Fernández de la Mora, Gregorio Marañón Moya, José María Ramón de San Pedro, Amalio García Arias, Vicente Marrero, Juan Luis Calleja, Angel Maestro, Gabriel Alférez, Francisco José Fernández de la Cigoña y quien escribe esta nota.

La reunión fue larga y al final, cuando Juan Vallet y yo hacíamos un aparte en la sala contigua, entró José María a despedirse. En dos frases contundentes resumió su juicio sobre la criatura que estábamos alumbrando: «Esto nace muerto. No podemos plantearlo así». Explicó las razones en que fundaba su terminante diagnóstico, que coincidían con las que Juan y yo andábamos tratando en esos momentos. De hecho, las reuniones continuaron en los meses siguientes, la asociación quedó constituida y se eligió la primera junta directiva, en la que Gonzalo era presidente, Marañón vicepresidente y seguíamos unos cuantos de los que yo era el último, como vicesecretario. Pero lo que me impresionó más de José María, antes que las palabras y la conversación del final, prolongada luego al salir juntos, fue la escena con que me encontré al llegar a esa reunión. Aunque acudí puntualmente, ya estaban

sentados algunos de los convocados y José María, entre el interés de los demás, era el que hablaba. Con palabras pesimistas y emocionantes al mismo tiempo, que revelaban mucho de una personalidad extremadamente vigorosa y vital, pero tocada también por un patente pesimismo, recordaba una escena ocurrida en la capilla ardiente del conde de Ruiseñada, de quien había sido mentor durante los años de su famosa «operación». Ante el cadáver de —como le gustaba decir— su jefe político, el hijo de Ruiseñada le requería: «Júrame que no me comprometerás en aventuras políticas». Lo contaba con cierta pena, como diciendo: «Yo no me embarqué en aventuras, sino que cumplí con deberes de caridad; y nunca empujé a nadie, sólo colaboré lealmente». José María, que rondaba los sesenta y ocho, estaba en plena madurez; yo tenía dieciocho y era un estudiante de 2.º de Derecho sin la menor beligerancia para él.

Nos vimos en las reuniones siguientes de la asociación, que, a la postre, como él había predicho, resultó abortada. Y continuamos el trato, vinculado precisamente a la Ciudad Católica. Aunque no acudía a la reunión general de los martes —florecente por los años de que acabo de hablar, con la presencia de Eugenio Vegas, Juan Vallet, José Antonio García de Cortázar, Julio Garrido, Germán Álvarez de Sotomayor, Rafael Gamba, Alberto Ruiz de Galarreta, José María Carballo, Mercedes Semprún y tantos otros—, durante varios años lo había hecho a la de los miércoles, luego trasladada a los jueves, especializada en temas económicos y empresariales, y siempre a las misas y cenas de San Fernando y a los congresos anuales, sobre todo cuando se celebraban en Madrid. Le recuerdo rechazando cortésmente el ofrecimiento de varios amigos de llevarle a su casa, marchándose en autobús —decía con gracia que el taxi era para ir a la «casa de socorro» o de viaje con más de dos bultos— de la residencia de los dominicos de Alcobendas, en la XXXI Reunión de amigos de la Ciudad Católica, última a la que acudí, en diciembre de 1992. También, después de cada número de *Verbo*, nos escribía a Juan Vallet y a mí comentando los diferentes artículos, glosándolos o apostillándolos. Y eran frecuentes los envíos que recibíamos de él con re-

cortes de periódicos franceses y suizos, que seguía puntualmente y que nos pasaba con sugerencias para la revista. En la última carta suya que conservo, fechada el 27 de abril, al tiempo que me adjuntaba unas noticias sobre el ascenso de Philippe de Villiers, escribía: «Voy perdiendo la curiosidad. Normal —dicen los entendidos— en la gente (corriente) que llega a la cuarta edad». ¡Bonita muestra de su desinterés! Y escasos días antes de su muerte, al telefonarle yo para darle las gracias por haber pedido mi libro sobre Elías de Tejada, me decía que tenía una carta en el telar. Nunca la recibí. Quizá ni siquiera llegara a escribirla.

Por eso, siempre le consideramos «un hombre de la Ciudad Católica», constándome por Eugenio Vegas que en los albores de nuestra obra había contribuido con un donativo de importancia a su puesta en marcha —cuando, ya desaparecido Eugenio, se lo comenté en una de las visitas a su domicilio del paseo de Moret, que ahora, ay, sin embargo, lamento haber espaciado tanto, no tardó en devolverme «la visita», por vía epistolar como hacía, llegándome fotocopia de una agradecida tarjeta de Eugenio Vegas—, y habiéndome contado también su asistencia al Congreso de Laussane de 1966, en el magnífico Palais Beaulieu, el año en que Blas Piñar habló de memoria en francés. También estaban —tengo delante las actas de la reunión— Eugenio Vegas y Juan Vallet, entre los españoles. Y el conde Amédée d'Andigné, a la sazón presidente de la Ciudad Católica francesa. Y Jean Madiran, ya entonces uno de los líderes indiscutibles del tradicionalismo francés. Y el economista e intelectual de raza que fue Louis Salleron. Y el gran historiador suizo Gonzague de Reynold, que debía ser viejísimo. Y el escritor Michel de Sant-Pierre. Y Gustave Thibon, el filósofo campesino. Y el propagandista católico inglés, antiguo brigadista en nuestra guerra y converso desde el comunismo, Hamish Fraser. Y el Príncipe de Starhenberg, entonces como ahora tan ligado a España. Y el coordinador de todo ese caudal de iniciativas y esfuerzos, recientemente desaparecido también, Jean Ousset...

No sé cómo, desde esas reuniones en el «bureau» de Juan Vallet, pronto —como he dicho— suspendidas, empezó a intensifi-

carse nuestro trato. Aunque sí conozco el porqué: su gran bondad y generosidad, que se tornaron en benevolencia hacia su joven amigo recién estrenado. Empecé a frecuentar su casa y a gozar de su conversación culta y apasionada. También comenzamos por entonces unos almuerzos mensuales o bimestrales, convocados por Juan Vallet, y en los que nos reuníamos José María, Rafael y Andrés Gamba, Vicente Marrero y yo.

La memoria de José María, asombrosa, aún me hubiera asombrado más si no hubiera tenido también el privilegio de tratar íntimamente a Eugenio Vegas. En momentos en que tanto desmemoriado plantaba sus reales, por vía de actuación y de evocación, en la historia de España, hablar con José María —escuchar a José María— era un gozo difícilmente explicable y cuya sola remembranza me llena de melancolía. La precisión del dato, la agudeza del juicio y la pasión de la narración hubieran merecido salvar sus recuerdos en la redacción de unas «memorias».

Ultimamente me confió los requerimientos que recibía de una colección harto conocida —quizá la más conocida—, para reflejar los haces de su vida en el espejo de España. Modestamente le animé, y —de verdad— que no tanto por el interés que podían tener sus acciones políticas o financieras, que lo tenían, y mucho. Sobre todo por lo que hubieran destilado de un tipo humano que con su generación se está extinguiendo lentamente para nuestra desgracia. Es posible que —así lo vivencio al menos— a veces pague caro el precio de la precocidad y de haber tenido —junto a los de mi generación y de las siguientes— amigos de la edad no ya de mis padres sino de mis abuelos. Muy pronto experimenté lo que es perder a un amigo. Siempre, con todo, he dado gracias a Dios por ello, y sólo le pido que no me deje olvidar la significación ética y pedagógica de «las edades de la vida», tan insuperablemente explicadas por la pluma de Romano Guardini. Pero, y es a lo que iba, percibo con especial intensidad desde hace tiempo, que las generaciones —sin dar demasiado crédito en cualquier caso a la teoría de las mismas— que han ido sucediendo a la que hoy personifico en José María Ramón de San Pedro quedan lejos de alcanzar su altura. Había, hay, en estos hombres, algo de la vieja

España, y de una dignidad, caballerosidad y madurez de las que en demasiadas ocasiones estamos ayunos los que les hemos seguido en el tiempo.

Pero José María no accedió a dar a la estampa sus recuerdos, porque, como me decía a finales del 92, trasladándome el texto de la carta dirigida al editor: «El mayor interés de mis memorias consistiría en contar ocurrencias, sucedidos que levantarían ampollas entre los descendientes de los protagonistas, porque de éstos casi no queda ninguno —¡acabo de cumplir ochenta!—: las más de las veces, casi siempre, directa o indirectamente mi testimonio se debería —se debió— a la confianza que en mí depositaron personas y personajes que favor me hicieron permitiéndome andar junto a ellos». Y concluía: «Les debo agradecimiento... El de mi silencio». Aunque no comparto totalmente las razones de esa negativa, en un momento en que la historia reciente de España es azotada sin piedad y desvirtuada con impunidad, no puedo menos de admirar el talante que revelan.

Quizá pudiera con lo anterior cerrar estas líneas, que con tanta torpeza como emoción me han brotado del dolor todavía caliente por la desaparición de un amigo inolvidable. Sin embargo, tengo contraída una obligación con José María Ramón de San Pedro que me impide poner el punto final aquí. José María, en varias ocasiones, me emplazó a escribir esta nota a su memoria. Quería que en *Verbo* quedase un pequeño recuerdo de su adhesión a la Ciudad Católica y de su profunda comunión con los ideales de la tradición católica que profesamos. Y lo quería especialmente, me dijo, por sus hijos y sus nietos. Para ello me entregó unas notas sobre los «Amigos de Maeztu», un curriculum político que comprende los años posteriores a la muerte del conde de Ruiseñada y diversas anotaciones biográficas. No puedo ahora dar cuenta, siquiera sucinta, de todo ese material, que junto con un centenar de cartas pulula por mi desordenado archivo. Pero tampoco puedo, sin traicionar el encargo del amigo e incurrir en la infidelidad y la deslealtad, no dejar mención de algunos de los hechos de su vida. Igual no sale exactamente lo que él deseaba, pero confío al

menos alcanzar lo que era objeto de su designio al hacerme el encargo.

Siempre contaba que había nacido pobre y que a los catorce años hubo de saltar al mundo del trabajo: «Nací en Barcelona —me decía en una de sus cartas—, de padres no catalanes, en noviembre de 1912, el mes que mataron a Canalejas y ya había guerra "por todo lo alto" en los Balcanes. Vine al mundo en un ambiente, ni rico ni acomodadillo que me permitiera cursar el bachillerato y adquirir los posteriores fundamentos universitarios que tanto contribuyen a la formación de los jóvenes y ayudan luego a desenvolverse... En los ambientes modestos era norma consuetudinaria, que nadie necesitaba recordar a los muchachos, la obligación de "ponerse pronto a trabajar", ayudar a los padres y "aprender lo antes posible a valer para servir, porque en otro caso no se valía para vivir"». «De niño mayor —me escribía en otra carta, esta del año 90— asistí a tres cursos de Estudios de Comercio en el Colegio del Sagrado Corazón de los P.P. Jesuitas en Barcelona. Me pagaban los estudios, pero yo había nacido pobre y consideré obligación ineludible trabajar, y llevar algún dinero a casa, cuando a los catorce años terminé tercero... Pocos años fueron, los tres de jesuitismo, pero vacunado quedé contra el modernismo. Si hubiese tenido mejor/mayor inteligencia hubiese seguido estudios nocturnos, para mejor valer. Pero, en el afán por ganar unas pesetillas más, después de las 7 de la tarde, copiaba páginas de registro de un agente de cambio y bolsa. Cuando dejé el colegio, afortunadamente, ingresé en la barcelonesa congregación mariana de más número y eficacia apostólica que en España existió: la del excepcional P. Manuel Vergès».

He de reconocer que de la narración, varias veces por mí oída, de esos los primeros años de Jose María, he aprendido muchas cosas del primer tercio de siglo y sobre todo del carlismo y del integrista catalán del tiempo. El ambiente y las conversaciones veraniegas en la azotea de la casa modesta en que vivía, y el mundo de la Compañía de Jesús de entonces, tan vinculada al carlismo y al integrista nacedaliano, eran recreadas excepcionalmente por el gran conversador que era: «De niño —me decía en enero de

1993— fui carlista, como mi buenísima madre, nacida en tierra vasca. Pero ella, en 1920, cuando Alfonso XIII consagró España al Sagrado Corazón, dejó de ser carlista. Se sentía a disgusto con el vivir que a Don Jaime se le atribuía. Y yo...». Es que —como me había escrito con anterioridad— «por gusto mío, hubiese nacido tras Waterloo y muerto en 1913, antes de declararse la guerra europea». «Y acaso hubiese rezado por la conversión de León XIII y adorado a San Pío X. Y del siglo XIX, los españoles que me tenían robado el sentimiento, y la limitada inteligencia aportable, fueron Balmes, Donoso, Aparisi Guijarro y Menéndez Pelayo; más los discursos de Vázquez de Mella». A pesar de las protestas de su falta de formación, su conocimiento del siglo XIX —entre otras cosas— era enciclopédico: «Mi culturilla es hija del insomnio. Y mi afición el siglo XIX español, del cual me dejo examinar sin pedir pausa para concentrarme, cualquiera que sea la época, todavía». Fruto de esa afición son algunos de sus libros, principalmente biográficos, entre los que recuerdo ahora especialmente el dedicado a José Xifré, el indiano catalán de la primera mitad del siglo XIX, caracterizado como «industrial, naviero, comerciante, banquero y benefactor».

Su actividad política, notabilísima durante la llamada «operación Ruisefiada» —que, como es sabido, pretendía a mediados de los cincuenta concordar a Franco con Don Juan de Borbón, con la intención de restaurar la monarquía sobre la firme base de la institucionalización de los ideales que dieron vida al Alzamiento nacional de 18 de julio de 1936—, todavía hubo de prolongarse, aun sin tanta intensidad, en el período posterior a la muerte del conde de Ruisefiada, en abril de 1958, dando lugar a que formara parte en los sesenta del Consejo Privado de Don Juan y, más en concreto, del Secretariado político que con carácter permanente funcionaba dentro del mismo. En esa especie de «gobierno en la sombra» desempeñaba la cartera —por así decir— de Economía, lo que no es de extrañar por su competencia fabulosa en toda suerte de materias financieras. Como solía decir, desde que a los catorce años había comenzado a acercarse al mundo de la Banca y la Bolsa, «por favor de Dios y de algunos hombres que me ayu-

daron, fui recorriendo toda la escala profesional, propia y derivada, del mundo del dinero, a buen sueldo». Especial trascendencia tuvo su dedicación a la «casa de Comillas», desde 1950, en todo su enjambre de negocios bancarios, navieros y agropecuarios. Sin embargo, nunca quiso arriesgarse a tener negocios propios, no obstante lo cual llegó a ser presidente de un Banco.

Siempre he visto en José María Ramón de San Pedro una conjunción asombrosa de cualidades que daba lugar a una figura verdaderamente extraordinaria. Sobre la base de unas arraigadas convicciones religiosas, morales y políticas —las del catolicismo tradicional y aun tradicionalista—, despuntaban en su personalidad un ingenio, un vigor, un sentido práctico, una originalidad que distaban de encajar en el estereotipo de lo rancio: porque José María era ciertamente un hombre que rompía moldes. Antes lo decía: se nos está muriendo una generación excepcional y con ella se nos está escapando la memoria histórica de la vieja España. Para los que hemos tomado su salvamento como una de las empresas de nuestras vidas, estos adioses no dejan de acarrear de tejas abajo cierta angustia. Sólo la meditación del misterio del cuerpo místico de Cristo y la profundización en el sentido de la teología de la historia aciertan a traernos consuelo. Quizás por eso experimento, a la hora de acabar estas líneas, no ya el «abrazo mental» con el que José María concluía sus cartas, sino un auténtico «abrazo cordial» e incluso un «abrazo espiritual». La obra de la Ciudad Católica, como toda obra eclesial, es el reino de Cristo incoado. Que, consumado ya para él, nuestro amigo se constituya en valedor de quienes proseguimos un combate por momentos más difícil: el de, modestos albañiles, construir el orden temporal con el Señor; el de, torpes centinelas, guardar con El las murallas de la Ciudad. Descanse en paz y reciba su familia —Fina, sus hijos y nietos— nuestro sentimiento más auténtico.

MIGUEL AYUSO.